

El Herald de la Guardia Civil

PERIÓDICO SEMANAL

AÑO I.	OFICINAS CALLE DE CARRANZA, 3 MADRID	Madrid 16 de Julio de 1893. TODA LA CORRESPONDENCIA AL DIRECTOR	SUSCRIPCION TRIMESTRE España..... 1,50 pesetas. Ultramar..... 3,75 —	NÚM. 3.º
--------	--	--	---	----------

Ladrrar á la luna

El Ideal, periódico republicano—según él,—que no repara en el medio con tal de dejar eclipsada la fama del inimitable *Enano de la venta*, en su número del día 14 tiene el mal gusto de publicar un escrito que pomposamente, y echándose las de pizarro, titula *El guante de los Civiles*.

Aunque nos hallamos de *El Ideal* á la distancia del polo Norte, pretendemos entender algo de achaques periodísticos, para calificar el escrito de colaboración y—¿por qué no decirlo?—de colaboración interesada.

Claro es que el terreno está perfectamente escogido. Porque para ofender á la benemérita, dado lo especialísimo de su cometido, hay que buscar parajes apropiados.

Sobrentendidos—y olvidados—el motor y el agente, réstanos sólo tratar ahora de la entidad en sí, del inocente ataque.

El actual Director general del Cuerpo ha realizado una obra meritísima con el planteamiento del Montepío de la Guardia Civil. Si el ilustre Duque de Ahumada organizó el renombrado Instituto, el General Palacio ha conseguido para él un porvenir que las penurias del Erario tenían que negarle necesariamente. Pero al establecer las bases fundamentales de tan benéfica Asociación le era preciso al entonces Inspector general del Cuerpo no resistirse á la realidad y consignar en ellas y en la importantísima que trata de los recursos de posible obtención, de «los donativos que voluntariamente se obtuvieran».

En esta forma eleváronse las Bases de que tratamos al Ministerio de la Guerra, el que, disintiendo de *El Ideal*, se sirvió aprobarlas.

¿Quién, que medite lo que dice, podrá motejar al General Palacio por dirigirse al país desde aquel momento?

Así, que no ha tratado de reservarse poco ni nada el trámite, y la prensa profesional fué la primera en aplaudir y apoyar el pensamiento, aun antes de traducirse en hechos.

Pública fué, por consiguiente, la carta-circular de que ahora da cuenta *El Ideal* achacándose la gloria del descubrimiento, y lo cierto es que las principales sociedades de crédito, el alto clero, la Magistratura, las Letras, las Artes, el comercio y todas las representaciones de las fuerzas vivas del país, han acogido con entusiasmo la idea y secundádola generosamente. No se pensó, sin duda alguna, en *El Ideal*, y el avisado colega nada supo hasta que un póvero Mefistófeles, atacado de dispepsia é histérico, sorprendió su buena fe.

De secreto á voces podemos diputarlo, sin que tema el demoleedor periódico lo ignorasen ese Gobierno y ese Ministro de la Guerra, á cuyo auxilio se agarra como á un clavo ardiendo; ¿qué daño ha hecho la Guardia Civil á *El Ideal*?

Por lo demás, el artículo con tantísimo *sprit* titulado *El guante de los Civiles*, es un tejido de inexactitudes y contradicciones palmarias.

Falso de toda falsedad que los individuos anden postulando por las puertas de las casas. El llamamiento al país acomodado y pudiente, con el que está divorciado *El Ideal* y su colaborador, se ha hecho por medio de cartas que el colega juzga de *elocuentes*; ¡menos mal que han guardado las formas! Él no se hubiera tomado siquiera este trabajo, ¿verdad?

En ese documento *elocuente* nada se pide para la Guardia Civil; es, pues, falso también que volvámos ni vayámos á tiempos mercenarios en que el soldado tenga que buscarse el sustento. Se halla muy distante, pero muy distante, la República de *El Ideal*, que sería la que engendrara esa situación para el Ejército... ¡están verdes!

¿Cree *El Ideal* que si sus correligionarios dejaran de pagar—en el supuesto, ciertamente *ideal*, de que alguna vez mandarían—al Cuerpo de Inválidos que el Ejército se rebajaría por

pedir pan para los restos inermes de nuestras glorias militares?

Pues esto es lo hecho por el Director general de la Guardia Civil. Acudir á los elementos poderosos de la nación para robustecer una Sociedad llamada á dignificar á los veteranos y á enjugar las lágrimas de las viudas y huérfanos desvalidos.

Estos sólo participarán del beneficio... ¿Dónde hallar, pues, el agravio para el Instituto?

Si no es para los soldados para quienes se pide, ¿por qué se invoca la importancia de los servicios que esos soldados prestan? pregunta habilidosamente *El Ideal*. Pues para que sepan todos, incluso los colaboradores del colega, y el colega mismo, el objeto del llamamiento. ¿Qué se le hubiese ocurrido al avisado periódico, si en la carta-circular que pretende zaherir se omitiese el objeto? allí sí que habría arido Troya.

Como, después de todo, se trata de actos voluntarios completamente, y al que contribuya—que son los más—se le agradece y al que no lo haga, no se le dirigen cargos, y la voluntad sólo puede hallar trabas en *el liberal* colega, creemos bastante con lo dicho, é innecesario repetir, que entre opiniones como la del ilustre Obispo de Barcelona que califica de *verdaderamente cristiana, patriótica y social* la obra emprendida, entre adhesiones tan calificadas como las con que cuenta á estas horas el pensamiento y censuras del calibre de la de *El Ideal* y sus colaboradores en el asunto, á las primeras nos atenemos, siquiera los pensionistas del Dr. Ezquerdo pudieran motejarnos de locos.

Siga *El Ideal* en sus trece, ó en sus quince, y siga la Guardia Civil mereciendo la confianza pública, aunque pida para sus inválidos; que las simpatías de la nación por esto no habrán de faltarle. Sino que en este país y en este pueblo la censura está siempre dispuesta para cualquiera, sin que el conducto de que se valga, se detenga á examinar el fundamento ó razón á que obedezca.

Seguros estamos que en otro caso, si *El Ideal*, más que á gritar un hecho, hubiera tratado de analizarlo, le habrían sobrado medios de inquirir cuanto sobre el particular quisiera saber, y seguramente otras muy distintas habrían sido las conclusiones entonces deducidas.

No lo ha hecho así, y lo sentimos y nos alegramos al propio tiempo, porque dispuestos estamos á discutir el asunto con la extensión que se apetezca, bien seguros de que á la postre han de convencerse de la razón que nos asiste y de la sinrazón con que pretende motejarse un hecho digno de loa y encomio por todos conceptos.

La prensa de todos los matices, con lo elocuente del silencio guardado, hará comprender á *El Ideal* lo simpático y oportuno del injusto ataque.

Explicaciones indispensables

La circunstancia de ser semanal esta publicación, nos ha impedido darlas inmediatamente sobre un hecho relacionado con la aparición de nuestro anuncio-prospecto, y que, con honda sorpresa, hemos visto, en nuestro sentir, interpretado equivocadamente.

Ha pretendido deducirse, por la aparición en aquel anuncio de distintos grabados, deseo de mortificar á armas importantísimas del Ejército sin querer fijar la atención en que, exceptuada la silueta de un soldado, los demás dibujos corresponden á clichés extranjeros que ni remotamente tienen relación, por lo tanto, con el glorioso y venerado uniforme de nuestro Ejército.

¿Dónde ni cómo puede haber ofensa para éste en que un soldado de línea francés salude á su superior gerárquico

en forma impropia de nuestro vigente Reglamento para el manejo del arma?

¿Dónde ni cómo presumir ajadas instituciones patrias, porque se expongan tipos militares extranjeros en actitudes más ó menos correctas?

Y si este criterio, que tan exclusivista quiere hacerse, lo fuera en toda clase de cuestiones análogas, menos mal; pero cuando pasan inadvertidos dibujos como los publicados en el penúltimo número de cierta Revista semanal ilustrada, y donde se supone que el guía ó banderín de una unidad militar, por el hecho de hallarse un tanto *curdo*—textual—pueda ocasionar que hombres y Oficiales se arrojen por el pretil de un puente; cuando concepciones de esta naturaleza pasan sin protesta de nadie, hay que buscar en causas más hondas las determinantes de ciertos actos.

No creemos que, después de todo, los tales móviles puedan pasar desapercibidos, á poco que se medite sobre ellos; pero no hemos de hacer alto en este punto, limitándonos sólo á protestar, como nos hemos apresurado á hacerlo ante la prensa de mayor circulación de que, ni remotamente, pretendiéramos con el famoso anuncio otra cosa que dar sucinta idea de la distinta clase de grabados, *fotograbados y cincografías* que pensábamos utilizar en este humilde semanario.

Y prueba de ello que en el primer número de *EL HERALDO DE LA GUARDIA CIVIL* publicamos el retrato de un bizarro General, procedente de infantería y que en los números sucesivos no ha aparecido nada que sea motejable en el orden de consideraciones que, con más ó menos caridad, ha tratádose de presentársenos.

Y si los que tan agriamente nos censuraban hubiesen leído al menos la declaración leal y espontánea consignada en nuestro primer editorial, de guardar por igual toda clase de respetos, seguramente se habrían ahorrado los innecesarios bríos de ahora.

Conste, pues, de hoy para siempre, y sea cual fuere el futuro destino nuestro, que ni hemos creído ofender á intereses que son los propios, puesto que en ellos nacimos, vivimos y moriremos, ni tampoco que pudiera llevarse la susceptibilidad hasta el extremo de considerar ofensivos para el Ejército Español las ilustraciones jocosas relacionadas con los militares de otros países, que eran las comprendidas en el anuncio. No basta querer estrujar un motivo por apetecido que sea; es preciso, además, tener razón para ello.

Pero si pudiera existir ofensa para los militares españoles en las caricaturas de los de otros países, acháquese á inexperiencia lo ocurrido y nunca á mala fe. Hechas estas aclaraciones, réstanos manifestar sólo nuestra extrañeza ante el interés de alguno de nuestros caritativos colegas en llamar la atención del digno General Palacio contra nosotros. ¿Es que esta publicación se diferencia de las demás? ¿Es que para nosotros van á existir altas ó bajas justicias que no sean las leyes generales del reino?

Pues si *EL HERALDO DE LA GUARDIA CIVIL* se viera falto de todo apoyo, se retiraría inmediatamente, seguro de no haber cometido ningún acto indebido ni vivido tampoco á expensas de otro factor que el honrado trabajo, al que lo supeditamos todo, sin ansiadas emulaciones ni deseos de perjuicio, ni aun para aquellos que tan injustamente, y con tanto ensañamiento, se han permitido tratarnos. Allá ellos.

Crónica de la semana

TEMPERATURA TROPICAL.—APUROS DE UN CRONISTA.
—LOS JARDINES DEL BUEN RETIRO.—CONCIERTO DE INAUGURACIÓN.—UN TRANVÍA DE LAS VENTAS.—EL LUGARÓN MANCHEGO.
—EL REY DE LA CAMPIÑA.

No es esta, ciertamente, época á propósito para relatos amenos que puedan condensar á vuela pluma la vida semanal de un pueblo.

Absorben ahora por completo todas las facultades el incesante uso del pañuelo para enjugarse el sudor que un sol asfixiante hace brotar de continuo, el incesante requerir del ventrudo botijo y el procurarse aire para los encendidos pulmones por medio del simpático abanico.

Cronista á estas alturas, cronista enclavado en el espacio de ese fatal triángulo, es cronista huero é insípido que mal podrá pedir á su enjuto *cacumen* las concepciones brillantes que el acompasado murmurio de las ondas marítimas, la brisa estimulante del oceano y las perspectivas frescas y salúferas han de producir en quien disponga del numerario suficiente para honrar su persona y llenar el cometido impuesto.

Pero ya que la necesidad tenga cara de hebreje y sea preciso cumplir con ella á toda costa, doloroso es que la clausura de los teatros y demás lugares de distracción y recreo ofrezcan el mismo ó parecido aspecto que lo sofocante de la temperatura para recoger alguna que otra impresión de posible transmisión á nuestros lectores.

Y menos mal, que, por fin, la noche del 13, los Jardines del Buen Retiro abrieron sus puertas, y aquellas amenas alamedas ofrecieron algún lenitivo y consolador refugio á los pacíficos habitantes de esta coronada villa y corte.

Ni que decir tiene que el concierto de inauguración resultó brillantísimo; y eso que las dulzuras de la orquesta pasaron desapercibidas para más de uno, que permaneció durante la velada en arrobador éxtasis. El fondo obscuro del bosque; el centelleo de mil luces; los trajes claros y crugientes de aquellas hermosísimas mujeres, nos hicieron olvidar por un momento preocupaciones del día, y correr en alas de nuestro temperamento meridional á los espacios imaginarios del Paraíso de los creyentes.

No eran sueño, no, las promesas del enviado de Alah... si el estridente pito del conductor de un tranvía de Las Ventas no nos hubiera vuelto en un instante á la implacable realidad.

El teatro de la Zarzuela ha venido á suplir la forzada clausura del circo de la plaza del Rey, donde los viernes se reúne lo más selecto de Madrid en unas *soirées fashionables*, y en el circo de Colón continúan haciéndose aplaudir los velocipedistas Noiset, acróbatas Briatore y los patinadores Mayos.

A esto y á las ruidosas sesiones de Cortes está reducida la vida de la capital. Cuando las últimas se declaren en vacaciones, y la Corte y los hombres políticos huyan de este horno encendido, habrás convertido el aspecto de Madrid en el del clásico lugarón manchego.

Por cierto que la noche de la inauguración de los Jardines, al acercarnos á un corrillo de amigos, oímos citar en otro próximo de respetables mamás la versión de *La Correspondencia* acerca del *Rey de la campiña*, que comentaban vivamente y un tanto escandalizadas. No pudimos resistir la tentación de leerla, y hallándola de oportunidad para la Guardia Civil, la insertamos á continuación:

EL REY DE LA CAMPIÑA

Tiburzi es el nombre del bandido que durante dieciocho años ejerce sobre las fértiles campiñas de Viterbo un señorío absoluto, convirtiéndolo en feudo una de las más pintorescas regiones del reino de Italia.

Casi á las puertas de Roma, junto al Rey Humberto, cuyo señorío no reconoce, está el Rey de los *lassaroni* como un Monarca ante sus súbditos.

Ni una queja, ni un reproche se le han dirigido impunemente. Su justicia es rápida, segura y barata. Ejecuta por sí mismo sus sentencias, sin papel sellado, ni Tribunales, ni expedientes, resolviendo el difícil problema de suprimir el *trámite*, compañero inseparable de la burocracia.

No roba ya, ni mata. Se contenta con un presupuesto relativamente módico, cobrándole de manos de sus súbditos con envidiable puntualidad. Afecto á la persecución de las riquezas, sus impuestos corresponden con exactitud matemática á las fuerzas del contribuyente.

Él, en cambio, no sólo no roba, sino que no permite el robo. Una cuadrilla de bandoleros que se atreviera á penetrar en su comarca, sería exterminada en el acto sin género alguno de consideraciones.

Vive en el bosque de Lamone, verdadero laberinto en donde se pierde el más experimentado y cuyos más recónditos senos le son tan familiares como á cualquiera su casa.

Durante dieciocho años, los gobiernos de Italia han tolerado á las puertas de la capital semejante soberanía, hasta que hoy, avergonzados, sin duda, de no haber logrado borrar semejante mancha de su territorio, hacen las autoridades un supremo esfuerzo para arrojarle de su trono.

Más de quinientas personas han sido detenidas por sospechas de complicidad con el bandido; pero éste, oculto en su guarida, desafía tranquilamente las iras de la justicia, seguro de que no han de encontrarle.

Y cuando la fuerza pública reconcentrada en Viterbo, se disemine, volverá el Rey de la campiña á incautarse de sus estados, cobrando desde luego los atrasos de la lista civil.»

Con seguridad dirán ahora nuestros bravos veteranos.

«Si eso hubiera pretendido subsistir en España, las puntas de las bayonetas de la Guardia Civil habrían dado pronta cuenta de el selvático Rey y de su Corte.»

Estamos conformes.

EUGENIO VEGA DE LA TORRE.

Lo que se dice

El Correo Militar, á quien compete la gloria de haber supuesto ofensivos para las Armas Generales los grabados insertos en nuestro anuncio-prospecto, dice en su número del día 13:

«Aclaración indirecta.

«Leemos en *El Herald de Madrid*:

«Hemos tenido el gusto de recibir la visita del Director de *EL HERALDO DE LA GUARDIA CIVIL*, el que nos ha rogado manifestemos el profundo disgusto con que ha visto que algunos periódicos militares den una interpretación equivocada al hecho de haber publicado en el prospecto de aquel periódico algunos grabados de militares que, ni por su indumentaria ni por su actitud, han podido ser nunca reflejo de tipos españoles.

«Las manifestaciones que nos ha hecho el Director referido respecto al concepto que le merecen las armas de Infantería y Caballería, no han podido ser de más elogio para ellas, ni á nuestro juicio más justas, porque dichas armas, como el Ejército todo, merecen muy grandes respetos, que nadie debe olvidar.»

«Como esta aclaración, hecha en un periódico político, no está llamada á que la conozcan muchos militares, la copiamos para satisfacción de éstos, no sin hacer constar que la interpretación dada por nosotros á los grabados en cuestión no es equivocada ni mucho menos; pues aun suponiendo que los tipos puestos en ridículo hayan sido copiados de otro ejército, debieron elegirse los del arma ó cuerpo similar al del instituto de la Guardia civil, aunque sólo fuese para hacer resaltar la diferencia que existe entre nuestros soldados y los extranjeros.

«Por lo demás, harto sabemos, sin que nos lo digan, que al Director de *EL HERALDO DE LA GUARDIA CIVIL*, lo mismo que á todo el que tenga sangre española en las venas, ha de merecerle concepto altísimo el Ejército en general, y cada una de sus armas, Cuerpos ó Institutos en particular.

«Por eso es de lamentar una ligereza, disculpable en empresa nueva de ultramarinos, pero

nunca en las militares, que vivimos del respeto mutuo y de un limitado número de lectores que jamás alcanza á tentar la codicia de los que á escribir para el Ejército nos dedicamos.

«Suponemos que, abundando en estas ideas el novel periódico á quien nos referimos, y ya que no ha querido honrarnos dirigiéndose á nosotros en vez de hacerlo á publicaciones que viven fuera de nuestra atmósfera, dirá en su primer número algo que ponga de relieve la buena fe con que piensa proceder en su campaña, y de la cual no podemos ni debemos dudar.»

Después de leído esto no sabemos qué admirar más: si la prodigiosa inventiva del colega ó su desembarazo.

¡Mire usted que afirmar que sólo eligiendo tipos del arma ó cuerpo similares en el extranjero á la Guardia Civil hubiera podido hacerse resaltar la diferencia que existe entre nuestros soldados y aquéllos! Según esto, ¿sólo los individuos similares de la Guardia Civil en otros países tienen la significación de soldados...?

Inexorable *magister*, no hay que perder la serenidad.

×

En los pequeños círculos donde á diario suelen tratarse cuestiones relacionadas con la *benemérita*, hemos oído hablar estos días de la probabilidad de adoptarse la guerrera, en vez de la levita actual, para la prestación del servicio peculiar del Instituto.

Y aun cuando el hecho parezca trivial, no deja de suscitar discusiones.

Pues si bien no hay quien niegue lo incómodo y sofocante de la prenda actual, y menos cuando se discute en una temperatura de 40°, también es cierto que resulta problema difícil combinar la comodidad que se apetece con la seriedad *histórica* del actual uniforme, que tanta y tanta influencia moral ha obtenido.

Por nuestra parte, creemos prematuro, cuando menos, todo lo que ahora se discuta sobre esto.

Porque el uniforme es propiedad del individuo, y el actual Director mira los asuntos relacionados con sus subordinados con algún mayor cuidado que los propios.

×

Es verdaderamente consolador el espectáculo que ofrece la Corporación ante el Montepío de la Guardia Civil, recientemente establecido.

Sabemos que en el Centro directivo se están recibiendo innumerables cartas de individuos de la clase de tropa, pidiendo se declare al señor General Palacio padre adoptivo de la Guardia Civil.

Aunque no fuese más que por el espíritu de unión despertado con el planteamiento de aquella Sociedad benéfica, sería de aplaudir el pensamiento, cuya realización constituye el mayor y más legítimo placer del veterano General Palacio.

Mucho agradece, nos consta, las demostraciones de cariñoso respeto que se le dirigen, pero no ha de aceptar ninguna.

Estamos autorizados para declararlo así.

×

Desde este sitio enviamos á nuestros distinguidos é ilustrados colegas *El Herald de Madrid* y *El Liberal* las más expresivas demostraciones de gratitud, por la favorable acogida que se sirvieron dispensarnos cuando intentamos rectificar especies tan desagradables como las acogidas contra nosotros en algunos periódicos militares, y de las que nos ocupamos más por extenso en distintos lugares de este número.

Obras son amores...

Si alguna defensa pudiera necesitar *EL HERALDO DE LA GUARDIA CIVIL*, si su aparición viniera á ser materia discutible en cualquier forma, las circunstancias en que nos hallamos y lo profundo de la preocupación general que embarga al Ejército vendría á contestar por nosotros por modo harto elocuente y significativo.

El ligero examen de la prensa profesional y de aquella otra que se ocupa con preferencia en asuntos militares, basta para comprender el valor de la afirmación sentada. De una parte la discusión y acriminación de las proyectadas reformas, de las calculadas economías, de la división territorial, de todo aquello, en fin, escrito y sustentado en el programa del partido liberal como Credo de sus doctrinas en la materia. De otra la defensa valiente é ingeniosa de quien siente y sigue al jefe con la fidelidad del creyente, y luego relegadas á segundo término las demás cuestiones peculiares de cada arma,

Cuerpo ó Instituto, si no tan llamativas no menos interesantes por cierto.

De ambos campos estamos, por fortuna, igualmente distanciados. No hemos de aparecer indiferentes á aquello que con el bienestar de la gran familia militar—que es la nuestra—se relacione; pero sin apasionarnos por ningún sistema, aplaudiendo y secundando en nuestra modesta esfera de acción lo que hallamos de beneficioso y práctico, prestando nuestro, no por humilde, menos decisivo concurso á cuanto con el mantenimiento del principio de autoridad y disciplina se refiera, y persiguiendo, en suma, lo que entre todo afecte más directamente al Instituto benemérito á quien dedicamos todas nuestras preferencias y nuestras iniciativas todas.

La Guardia Civil se halla hoy interesada en la solución de dos problemas que la afectan considerablemente. El modo y manera de nutrir su escala de Oficiales y el arraigo y consolidación del naciente Montepío.

Lo primero exige una inmediata solución, si no se pretende ahogar en germen nobilísimas aspiraciones de las beneméritas clases de tropa, matando todos los estímulos dignos y levantados que puedan ser leal garantía de un excelente comportamiento. En este importante extremo es preciso huir del género declamatorio y perseguir soluciones prácticas que lleven, con la tranquilidad á las conciencias alarmadas, la seguridad de un presente honroso, como del perfecto establecimiento del Montepío dependen las soluciones salvadoras de lo porvenir.

Algo y aun algo se nos alcanza de lo efectuado en cuanto al primer punto por el veterano Director general del Cuerpo; pero es indispensable que las iniciativas del digno General Palacio no se den al olvido ni se sometan á las torturas de un expediente tan innecesario como estéril.

El Ministro de la Guerra ha podido apreciar el valor de los razonamientos hechos—según se nos asegura—por el Director del Instituto al cumplimentar lo dispuesto en el Real decreto de 7 de Febrero último constituyendo la Academia de sargentos sobre la base del actual Colegio de guardias jóvenes de Valdemoro, y observar que, sin separarse para nada del nuevo plan de instrucción en proyecto, se atendían por igual intereses creados al amparo de legislaciones respetables y que resultaría tarea dolorosa é injusta desconocer ahora.

Nada más fácil, pues, para el actual Ministro que desenterrar este asunto del panteón en que reposa con sueño cataleptico y devolver á esta colectividad las seguridades de un presente digno y decoroso.

Por hoy, y sin perjuicio de tratar más adelante este importante extremo, hemos de limitarnos á consignar tales aspiraciones, como deber preferentísimo, hallándonos dispuestos á insistir un día y otro sobre el particular, de vernos desatendidos.

Para que la institución armada, y dentro de ella corporaciones de la naturaleza formal, formalísima de la Guardia Civil, llenen en todas sus partes los innumerables cometidos puestos á su cuidado, y que las iniciativas de los superiores hallen campo de acción apropiado y el cumplimiento de las clases inferiores marche á impulsos del ejemplo y entusiasmo, preciso es sostener la moral militar de todos con actos, no con palabras, cuyo planteamiento se haga esperar poco y mantenga inalterables la fe y la esperanza.

Momentos antes de cerrar nuestra edición, llega hasta nosotros la triste noticia que un cablegrama comunica.

El Capitán General de Cuba ha muerto.

Sin tiempo para más, sentimos con toda el alma la irreparable pérdida de un General ilustre.

LANCES DE HONOR

(DIBUJOS DE MECACHIS)

El hombre es naturalmente susceptible y quisquilloso.

Todos damos la vida y la hacienda, no sólo al Rey—como decía Calderón en sus buenos tiempos y en los buenos tiempos del teatro,—sino á cualquier Roque amigo nuestro, pero el honor—según añadía el propio D. Pedro—es patrimonio del alma; y como nos tocan al honor, el más pacífico se siente con los bríos de un Roldán, no el confitero, sino el otro, el furioso.

—Acaban de inferirme una grave ofensa—nos dice un compañero cojeando penosamente.

—Desembúcha y veamos.

—Me han pisado los callos, y...

—¿Caracoles!

—Es preciso que lavemos la ofensa!

—Y la parte lastimada también. Los pediluvios están indicados para estas ocasiones.

—Déjate de bromas; hay que ir al terreno, y elijo el arma hlanca.

—¿Te parece á propósito el sable?

—Nada de eso; el sable no es propio de personas acomodadas.

—Serénate; repara en la indole especial de la ofensa, y comprenderás que debes batirte...

—¿A florete?

—A escopina Losada; muerto el callo, se acabó la ofensa.

En esto, como en otros ramos del saber, nos llevan ventaja los franceses.

Allá se batían á florete, se ensartan los duelistas y se cierran los existencias por el caso.

Aquí solemos emplear el sable sin filo, sin punta y hasta sin hoja; con el puño nada más, y ¡puñetazo limpio!



Cuando la cuestión no se resuelve en el acto por este cómodo sistema, la sangre se enfria en el período de las negociaciones, y ¡claro! es imposible lavar ofensa alguna con sangre coagulada.

—¿En qué llevan ustedes eso?—pregunta á los padrinos la gente, ya cansada de esperar.

—Pues mire usted—responden,—nosotros ya nos desentendimos del caso y se nombró un tribunal de honor; éste llevó el asunto á juicio de árbitros, y es probable que se eleve el expediente al Consejo de Estado ó al Tribunal de lo Contencioso.

Difícil es hinchar á un perro; pero es más difícil desinflar á un duelista.

Porque la verdad es que, poner en manos de dos amigos asuntos tan íntimos y personales, es como ir y decirles:

—Acaban de darme una bofetada; ¿me han hecho daño? ¿qué os parece? ¿debo quejarme? ¿haré y aconteceré, ó me callaré por las buenas?

Y como es natural, los amigos se vuelven locos y acaban por decir á su representado:

—Con tu permiso, vamos á ver á un especialista en enfermedades de la piel, porque como esto es cuestión de epidermis, necesitamos saber si la tienes como los demás humanos, ó si disfrutas la relativa invulnerabilidad de los rinocerontes.

¡Oh, el duelo!



Cuando cada quisque llevaba su espada al cinto y vengaba en el acto las ofensas sin ajenas intervenciones ni consultas previas, ¡qué cosa tan bárbara, si, pero tan lógica y tan natural!

Ahora que el ofendido responde al insulto diciendo: «Espere usted, que voy á ver si debo enfadarme,» ¡qué cosa tan soberanamente ridícula!

—¿Qué es eso?—preguntamos á un amigo descalabrado.



—Un chichón que me levantaron el otro día; desafié al ofensor, y terminó el asunto con un acta honorosísima para mí.

—¡Hola! ¿Y han probado á ponerte el acta sobre el chichón á ver si éste desaparece?

—¡Hombre, eso no puede ser!

—Pues entonces, créeme á mí; ¡riete del acta!

Vivimos en una época de muchos lances... de honor.

Pero, afortunadamente, pocos llegan á vías de hecho.

El *Arte de elegir padrinos* es más conocido entre los duelistas que el arte de la esgrima, y abundan por ahí las personas caracterizadas, complacientes y enemigas de llos, verdaderos *salvavidas* sin los cuales no existiría el duelo.

Ocurren, sin embargo, chascos mayúsculos.

Un caballero que busca padrinos se avista con un señor bonachón y sencillote.

—Vengo—dice—á que me saque usted de este apuro.

—Pierda usted cuidado; usted quedará en el sitio.

—¿Cómo?

—En el sitio que debe quedar.

—Bueno; pues como soy el ofendido, he elegido la espada española como arma de combate. Usted se encargará de llevar el médico.

—¿Para qué?

—Pueden ser necesarios sus servicios.

—Nada de eso; yo llevaré otra persona que de seguro nos hará falta.

—¿El Juez acaso?

—¡Cá, hombre! ¡El enterrador!

Estos padrinos se dan raras veces, y cuando se dan no ganan para disgustos.

En cierta ocasión se concertó un duelo á pistola, á cinco pasos; se llegó al terreno, y los cinco pasos se convirtieron en cinco trotes, porque apenas se vieron los contendientes, volvieron las espaldas y huyeron hasta encontrarse de frente en los antipodas.

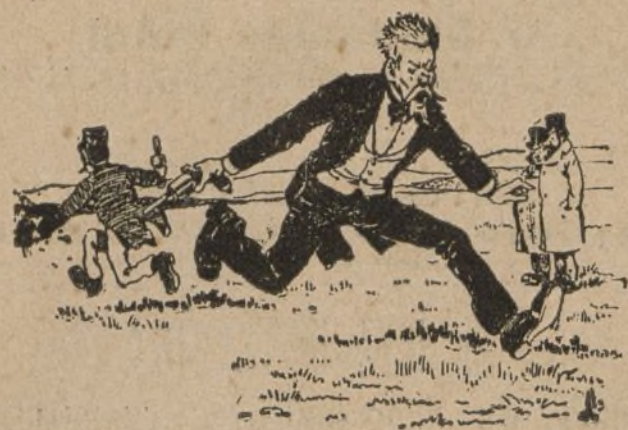
El duelo no sirve para los tiempos que corren ni para los duelistas que hacen lo mismo.

Así es que oímos esta clase de noticias como quien oye llover.

—¿No sabes la noticia?—nos dicen.

—Ni palabra.

—Pues ahora mismo Fulano y Mengano se han trabado de palabras en una librería, y surgirá un lance, de seguro.



—¡Demonio! ¿Y en qué librería ha sido eso?
—No lo sé; pero debe de ser en una librería...
—Sí; en una librería... de lance.
—Los enemigos de inundaciones siempre nos alegramos de que no llegue la sangre al río.



Poco hace me encontré con un paisano, un baturro llegado á la corte.
—¿Qué es esto, chico? ¿De dónde sales?
—De allá, de la tierra; allí todo son disgustos, rozamientos, desafíos...
—¿También eso? ¿Y vais á menudo al campo del honor?
—Nunca llegamos, porque allí el campo del honor está de barbecho por ahora.

LUIS ROYO VILLANOVA.
(Prohibida la reproducción).

SERVICIOS

Muchos y de importancia se han prestado desde la aparición de nuestro número anterior, por la fuerza del Cuerpo, pero pocos, entre los generales del Instituto, alcanzarán la excepcional del realizado en Linares (Jaén) por el bizarro Capitán D. Tomás Solanes y Atanasi y fuerza á sus órdenes, el día 9 del actual. Aún se halla fresco, entre el recuerdo de los hechos que revisten caracteres de notoriedad,

el robo de 43.000 pesetas efectuado al Administrador de la mina titulada «Coto la Luz», á mano airada, la tarde del 3 de Diciembre del año anterior.

Pues bien; podemos participar á nuestros lectores que las infatigables pesquisas é incesantes averiguaciones desde entonces practicadas por la fuerza de la demarcación de aquella compañía de la Comandancia de Jaén, han dado resultado, y que los presuntos autores del delito, Francisco Garrido (a) *Pan y melón*, Francisco Suárez y José López, se hallan ya á disposición del Tribunal correspondiente.

A tan excepcional servicio han contribuido eficazmente el Sargento Francisco Muñoz, los Cabos José Nel-lo Laya, Sebastián Peña y Luis López Campos, y los Guardias segundos José Valverde, Alonso Cabrero, José Martínez, Antonio López y Eleuterio Cañete.

Hay que felicitarse de la realización de hechos del carácter del señalado, así por lo que avalora el buen nombre de la Guardia Civil en el concepto del país, como por la perseverancia que denota en cuantos visten el honroso uniforme del Cuerpo.

Por la que nosotros sentimos juzgamos de la satisfacción que experimentarán nuestros queridos amigos el Coronel Subinspector del octavo tercio D. Carlos Alfonso, el Teniente Coronel primer Jefe de la Comandancia, Sr. Maroto, y el Capitán Solanes y Atanasi, á quien ya dejamos mencionado.

De Purchena (Almería) nos escriben y hacen distinguidos elogios de los Guardias segundos de aquel puesto Patricio Fernández y Manuel Quesada, que, con motivo del incendio que en la tarde del 4 del corriente se declaró en la casa habitación del vecino de dicho punto, D. Blas Aento Pardo, llevaron á cabo prodigios de valor hasta lograr la extinción del siniestro y salvar de su devastadora acción muebles, valores y documentos de importancia.

Este hecho es tanto más meritorio, á juicio del culto vecindario de Purchena, cuanto rivalizaron á porfía en arrojo y decisión las autoridades de la villa y toda clase de personas, en unión de la fuerza del puesto, al mando del segundo Teniente D. Manuel Gómez, logrando distinguirse los Guardias Fernández y Quesada á quienes deseamos ver objeto de especial recompensa.

De la fuerza toda de esta Comandancia; de su actitud en el servicio y del brillante estado en que se halla, habremos de ocuparnos algún día, y por separado, en este periódico, para evidenciar lo que pueden y lo que valen Jefes tan bien conceptuados como nuestro querido amigo D. Rafael Maceres. *Don Manuel* para sus íntimos.

Seguro se conceptuaría con el producto de su *habilidad* Gaspar Ebri Rovira, que parece ser *logró* apropiarse el día 22 de Junio último

de considerable cantidad de haces de trigo; nadie como él certificaría de la bondad de la cosecha, siquiera el legítimo dueño, Agustín Danfi Puchol, se diera á los demonios.

Pero como el habilidoso no contaba con la *huésped*, carácter que de derecho corresponde á la Guardia Civil, ésta, que no se deja engañar fácilmente, deshizo el *imbroglio*, y al Ebri ó habilidoso lo puso á disposición del Juzgado, juntamente con el trigo, que tornará en breve á poder de su dueño.

El Jefe de la línea, primer Teniente D. Manuel Vives; Cabo Vicente Broch Chiva; Guardia primero José García y segundos Antonio Betoret y Bautista Gambau, que realizaron el servicio, bien merecen nuestros plácemes, que no hemos de regatearles nunca.

Como impresión de última hora, podemos adelantar á nuestros lectores que en la provincia de Granada, y pequeña aldea de Charrilla, término de Alcalá la Real, se ha perpetrado un espantoso crimen, en el que, con ocasión del robo, han resultado muertos y heridos.

El bizarro Capitán de la cuarta compañía de la expresada Comandancia, no bien tuvo noticia del hecho, se puso en movimiento con parte de la fuerza de que primeramente pudo disponer, y, con un tacto y previsión admirables, logró á las breves horas capturar al principal autor del horrible hecho y, lo que es más, rescatar las sumas robadas.

Aún habrá quien, después de actos de esta naturaleza, se permita detractar á la Guardia Civil, aunque le impulsen móviles bastardos.

Sólo viviendo en despoblado y hallándose, por consiguiente, á merced de las malas pasiones, es como puede apreciarse la importancia del uniforme del Instituto, á cuya aparición renace la esperanza, el abatido alienta y todos recuerdan que detrás del malvado está imponiéndose con su faz severa, inflexible balanza y victoriosa espada, el emblema de la justicia, para todos recta, igual y equitativa.

No conocemos aún detalles del hecho sangriento de Charrilla, porque no ha habido tiempo material de comunicarlos é inquirirlos; pero sean éstos cualesquiera, basta y sobra con conocer que el puñal del asesino y la sordida avaricia del ladrón tienen ante sí la Guardia Civil, que si no puede evitar los primeros momentos del mal instinto, puede, sí, perseguir sin descanso al autor de un hecho criminal, imponiéndose por sí misma, en beneficio de los demás, para lo sucesivo.

No hemos de negar que este hecho ha impresionado nuestro espíritu vivamente, y que nos proponemos tratarlo en lo sucesivo con mayor detenimiento.

Pero antes de hacerlo, y obedeciendo, como ahora, al sentimiento que impulsa nuestra pluma, no queremos terminar este relato sin felicitar al celoso y activo Capitán de la cuarta Compañía de Granada, á los individuos que,

secundándole hayan dado cima á tan importantísimo servicio, y á nuestros particulares y muy distinguidos amigos Teniente Coronel don Francisco de Andrade y Beaumont, y Coronel Alfonso, de quien ya nos ocupamos en otro lugar de esta misma Crónica.

NUESTRO CONSULTORIO

INFORMES Y RESPUESTAS

Aguilar de Campo.—M. H. M.—Sí, señor.
San Jorge.—D. F. M.—No están prohibidas.
Villacampes.—L. M. C.—1.ª Hay que hacer tirada; se remitirá oportunamente. 2.ª Circular 11 Noviembre 1872.
Guisona.—M. C. M.—1,50 pesetas.
Segura de León.—I. P. R.—Se ignora en la actualidad.
Cantos.—C. P. L.—1.ª Sí, señor. 2.ª Sí, señor. 3.ª Sí la necesita.
Nájera.—A. O. P.—No tiene derecho á premio el tiempo que le duró la nota.
Ullibarri Lumbao.—F. D. A.—1.ª Le cuenta por mitad. 2.ª Cuarta Compañía de la Comandancia del Norte.
Villafraña.—B. P. A.—1.ª Hace el núm. 54 para ingresar. 2.ª Id. el 6. 3.ª De Reserva 65. De la escala activa ninguno.
Villanueva de Aigüdas.—J. L. Q.—No figura.
Silla.—A. A. P.—Puede entregarse á Francisco Díez Díez.
Chelva.—P. R. T.—El número, 5.

Para pasar el rato

CHARADA

Prenda de vestir en casa
y en la cual la tela abunda,
es mi primera
y segunda.
Y cosa que todo quinto
pequeño con ansia espera,
es mi segunda
y tercera.
Y algo que España ha tenido
sobre todo con el Moro,
eso, lector,
es mi todo.

Solución á la anterior: CABO.

GEROGLÍFICO SIN DIBUJOS

El Bizco del Borge. **CRISTO** El Melgares.

Solución al anterior: EL QUE NO LLORA NO MAMA.

Remitieron las soluciones los señores Monasterio, Ibarra González, López Ferrer, García y García y Fernández Soria.

MIGUEL ROMERO, IMPRESOR, TUDESCOS, 34
Teléfono 875.

En los certámenes escolares siempre se cantaba un coro cuya letrilla era, naturalmente, del secretario del Ayuntamiento; trabajo que le había proporcionado, entre otras satisfacciones, la honra de ser calurosamente felicitado por el Gobernador civil de la provincia, el Obispo de la diócesis y el rematante de consumos.

Este era el hombre del que se había reído aquella tontuela de Vicenta, que no tenía más patrimonio que su cara bonita; y «la hermosura pronto se va», como decían las feas.

Los demás mozos del pueblo, que no estaban tan interesados como los otros dos que acabamos de citar, demostraban también su hostilidad al Cabo, dominados por esas pasiones menudas que florecen en las pequeñas localidades entre la gente sin cultura.

El hijo del tío *Quico* y el secretario, el más rico y el más sabio del pueblo, hacían siempre lo que les daba la gana de aquellos ignorantes, que no veían más allá de sus narices. Así es que pronto los tuvieron completamente de su lado, con solo azuzarles un poco, diciéndoles «que no se debía permitir que un forastero viniera á llevarse las muchachas del pueblo habiendo en él tantos mozos de merecimientos».

El Alcalde andaba *fino* con el Cabo, porque habiéndose forjado su hija ciertas ilusiones irrealizables, no estaba bien quisto Junquera en casa de la primera autoridad de Valdelobato.

También el veterinario había pensado en proyectos matrimoniales respecto á su hija, y claro está que maldita la gracia que le hacía que la sobrina de D. Julián se los hubiera echado á perder.

Había, pues,—repetimos,—contra aquellos amores una verdadera conjura, resultado de las envidias y de los despechos. Solamente el bueno de D. Julián los miraba con buenos ojos.

Como la cosa no se había formalizado, Junquera no entraba en casa de Vicenta; durante el día apenas si podía verla, y de noche era rara la que el Cabo se quedaba en el pueblo, porque, buen cumplidor de su deber, comprendía que era preciso estar en el campo, porque la noche era, en aquella época, la más propicia al malhechor.

Por eso cuando no salía de servicio, Vicenta, cuando ya la gente estaba acostada, bajaba á la reja, y allí hablaba un par de horas con su novio, del que estaba cada día más enamorada. El Secretario se enteró pronto de aquellas entrevistas nocturnas y pensó mortificar al cabo turbando la inefable tranquilidad de los dos amantes. Guarecido en la som-

Pasaron unos cuantos días.

El cabo Junquera iba tomando tierra, como vulgarmente se dice, y ya se murmuraba por el pueblo sobre ciertas miradas y sonrisas sorprendidas entre la desdichosa Vicenta y el Jefe de los civiles. La cosa iba camino de parar en boda.

Era una tarde del mes de Julio. El sol caía pesadamente sobre la tierra como una lluvia sutilísima de plomo derretido; se respiraba una atmósfera de horno, no se movía una hoja en el árbol, no aleteaba un pájaro en el nido, en el azul limpiísimo del cielo no marcaban rayas oscuras las golondrinas. Todo parecía que dormitaba en una siesta enervadora y *nirvanica*; ni un rumor en la tierra, ni una mancha en el cielo; sumido en un éxtasis profundo, hasta parecía que el mismo Dios había detenido un momento el movimiento del Cosmos, y que su diestra poderosa descansaba inactiva en su agosto regazo.

Callaba la cigarra, dormía el alacrán en su escondrijo, unas cuantas hormigas atacadas del delirio por el trabajo, acarreaban penosamente un grano de trigo perdido en el camino. No se oía el monótono canto del yuntero, ni el rechinar de las carretas cargadas de mies. Desde el alto de la Pedraja, se descubría un espectáculo hermoso. Á la derecha, aquella vasta extensión dorada, de mieses en sazón, que sólo esperaban la hoz del destajista, mecidas blandamente de vez en cuando por un soplo de aire cálido, semejaban extenso mar amarillo, y las hacinas lejanas que sobresalían por encima de las espigas, bien pudieran parecer pequeñas olas que avanzaban lentamente... Y luego aquel mar tranquilo y luminoso se confundía allá á la derecha con otro mar de verdura, formado por árboles frondosísimos al pie de los cuales se adivinaba corría un arroyuelo limpio y fresco á cuya orilla se podía sestar dulcemente.

Quizá pensaría todo esto el Cabo Junquera cuando con su compañero de pareja iba, ¡hala! ¡hala!, por aquel camino polvoriento en busca de algún cazador furtivo que se arriesgara en aquella tarde por campos de fuego, bajo la acción de aquel sol de una espléndida homicida.

Cuando la pareja llegó á la cumbre del cerrillo, jadeante, sin poder apenas respirar, sin tener donde refugiarse para evitar un instante los rayos del sol ardiente, las fundas blancas de sus sombreros se proyectaban en el azul purísimo del cielo como dos minúsculas manchitas trazadas por el pincel del artista para romper la monotonía del color.

Sólo la benemérita velaba en aquellas soledades. Se sentía una inven-

Academia Civico-Militar
PREPARACIÓN COMPLETA
para todas las carreras
CLASES ESPECIALES
PARA LAS DE SARGENTOS DE VALDEMORO
Plaza de San Miguel, 8, Madrid.

SOCIEDAD ARTÍSTICO-FOTOGRAFICA

DIRECTOR Y PROPIETARIO
UN CAPITÁN DE ARTILLERÍA
Fotógrafos alemanes é ingleses.
Retratos. Los más elegantes y económicos (véase tarifa).
Los de niños y grupos no tienen aumento de precio.
Reproducciones, retratos al óleo y acuarelas.
Ampliaciones al grabotipo. Única casa.
Encargos para provincias y Ultramar.
Envíese original en carta al Director.
Exposición de 800 retratos. Salones, piso 3.º
Entrada libre, de nueve mañana á seis tarde.
Príncipe, 22, Madrid.

PINCELADAS
(Colección de poesías)
APUNTES TRIGONOMÉTRICOS
POR
D. RICARDO GARCÍA DE VINUESA
Primer Teniente de la Guardia Civil
PRECIO, UNA PESETA
A los suscriptores de este periódico se les hace el 25 por 100 de rebaja.

GRAN FÁBRICA DE SOMBREROS

FUNDADA EN 1840

PREMIADA EN DISTINTAS EXPOSICIONES

DE

HIJOS DE ANTONIO GIL

PRIM, 11, Y VITORIA, 5

BURGOS

SUCURSAL

29, Fuencarral, 29

MADRID

Especialidad en sombreros para la Guardia Civil, Alabarderos, Escolta Real y Cuerpos Diplomáticos.

SVSTRERÍA MILITAR

DE

VIUDA É HIJOS DE V. J. PASCUAL

Casa fundada en 1814

Contratista para la Guardia Civil y Carabineros desde la creación de ambos Institutos.
Contratas para el Ejército y Corporaciones civiles y militares.

Academia Preparatoria Militar

DIRIGIDA POR

D. Clodoaldo Piñal

TENIENTE CORONEL, COMANDANTE DE ARTILLERÍA INTERNOS

Admite de familias distinguidas
CLASES Y ESTUDIO, DE 7 MAÑANA A 12 NOCHE

MADRID.—Príncipe, 39.—MADRID

EL JUEZ INSTRUCTOR

OBRA DE PROCEDIMIENTOS JUDICIALES
por

D. BARTOLOMÉ VEGA Y MONTOYA

Comandante de Infantería.

SASTRERÍA MILITAR

JUAN FRANCISCO VIDAL
23, SAN MIGUEL, 23

MADRID

Uniformes para la Guardia Civil.
Se confeccionan toda clase de prendas de militar y paisano. Corte excelente. Géneros del reino y extranjeros.

ESTUDIOS MILITARES

Revista quincenal.

DIRECTOR: D. CASTO BORBASÁN

Profesor de la Academia General Militar
y de la de Infantería.

TOLEDO

EL HERALDO DE LA GUARDIA CIVIL

DEFENSOR DE LOS INTERESES DEL BENEMÉRITO CUERPO

Precios de suscripción. { En España, un trimestre.... 1,50 pesetas.
En Ultramar — 3,75 —

Este semanario es el mejor agente de información que puede tener tanto el Guardia Civil, como cualquiera otra persona, siempre que se trate de asuntos relacionados con el benemérito Instituto.

Es el periódico más ameno, más útil y más barato.

Toda la correspondencia al Director.—Oficinas: Carranza, 3, Madrid.

10

CEFERINO VINIEGRA

cible inclinación al descanso; las ramas de los árboles se inclinaban buscando la tierra; los arroyuelos corrían sin ruido; la oveja, amodorrada, dormía en el aprisco... En el pueblo ni una alma por las calles, ni un ruido en las casas. En el campo ni un signo de movimiento: diríase que el mundo se había detenido un momento en su giro, jadeante también.

Sólo la benemérita velaba buscando al criminal, cumpliendo su penosísimo deber, un deber que no tiene entrañas, ni repara en que haga frío ó calor.

Oprimidos por la levita, por las correas; agobiados por el peso de los cartuchos y el fusil, como si el sol no pesara ya bastante, el Cabo Junquera y su compañero bajaron por el repecho de la loma en dirección á la arboleda, donde más de una vez se habían encendido los haces de paja robados en los trigales lejanos.

Entre tanto, la hora del trabajo se aproximaba. Los segadores desperaban en sus lechos de tierra y de paja, y se apercebían para continuar su faena bajo el sol inclemente, aferrados á la hoz como los galeotes se aferraban al remo fustigados por el látigo con cabos de hierro. Empezaron á llenarse de mies las carretas que la habían de conducir á la parva; los montones de haces aumentaban á impulsos de las horcas, que á cada instante añadían uno más; el trillo empezó á girar en su círculo mullido y dorado; ladraron los perros; sonó alguna esquila cerca del río, y todo volvió á la vida por la fuerza poderosa del hombre, que tiene que ganarse el pan «con el sudor de su frente,» según aquella eterna bíblica condenación...

Cuando volvía la pareja de la Guardia Civil, conduciendo á dos ó tres ladronzuelos cogidos *infraganti*, el sol ardoroso de las dos de la tarde caía al otro lado de los árboles, dejando en el cielo una ancha franja de grana delicada y suave. Las estrellas parpadeaban ya en sus primeros centelleos. Una brisa fresca y consoladora llevaba á los pulmones el oxígeno vivificante. Las cuadrillas de segadores se retiraban cantando y riendo; el carretero arreaba al tiro para llegar pronto á ver su novia; algunas dulces vocécitas de mujeres se oían también. Eran Vicenta y unas cuantas muchachas que habían salido de paseo hasta los Cruces. Cuando pasaban los «peones» les echaban un requiebro y ellas se reían mucho.

El Cabo Junquera pasó al poco tiempo llevando delante á aquellos tunantes merodeadores.

—Buenas noches—dijo al pasar.

LA VENGANZA DE UN PADRE

11

—Buenas noches tenga usted—le contestaron á coro.

Pero á Vicenta no le pasó inadvertida una mirada que el Cabo la había dirigido. Ella, por su parte, pensó lo que hasta entonces no había pensado determinadamente de ningún hombre; que Junquera era buen mozo, guapo, simpático y hombre de bien, y que, por lo tanto, podía ser un buen marido.

Hubo sus bromas correspondientes, que seguramente hubieran subido de punto si la obscuridad de la noche no hubiera velado el vivo color rojo que subió á las mejillas cuando á Vicenta le dijeron que había destrozado el corazón de un «Civil.»

Al mes de estar el Cabo Junquera en Villalobato, ya no era para nadie un secreto sus amores con la sobrina del cura.

Las amigas de Vicenta, dominadas por el eterno femenino, murmuraban á placer, llamándola gazmoña é hipócrita, ya que no hubiera fundamento para decirle otra cosa.

Entre los mozos había conjura contra el cabo.

El hijo del tío Quico no podía sufrir con paciencia que aquella belleza tan deseada le hubiera desdénado, con sus doce pares de labor y todo, para después entregar su corazón á un cabo, ¡á un cabo!, que tendría apenas lo necesario para vivir.

Era cosa que sublevaba al más pacienzudo el mirar preterido al mayor contribuyente, cuando el adversario era un «simple civil», como decía desdeñosamente el animal de Juanito; que así llamaban al ricachón, á pesar de su estatura de gigante y de su cabezota achatada.

El secretario del Ayuntamiento, aquel tipo, mezcla híbrida de torero de invierno y de señorito de pueblo, con sus tufos echados hacia adelante, sus botitas de charol con cañas color habana, y sus pantalones estrechos, era uno de los más enconados. Aparte de los desavíos amorosos que había sufrido, lo que más le llegaba al alma eran las burlas que había hecho siempre Vicenta de sus versos. ¡Reirse de sus magníficas poesías, reputadas en toda la comarca como las más inspiradas! era cosa de morir de rabia.

No había bautizo ni boda para él que el secretario no sacara alguna cosa alusiva, bien en octavas reales ó en seguidillas, citando siempre, por supuesto, el nombre del padre, de la madre, del novio y de la novia; llamando á ésta estrella del medio día y otras lindezas, y augurando siempre para el recién nacido infante, portentosas riquezas y talento sin medida.